



Tesoro de la Juventud

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tesoro de la juventud

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

Del libro de los libros célebres

SEGUNDA PARTE

NO transcurrió mucho tiempo, desde la evasión de Edmundo del castillo de If sin que se descubrieran los medios de que se había valido para llevarla a cabo; y como no existía la menor duda de que, el saco que encerraba el supuesto cadáver, había sido arrojado al agua, creyeron los carceleros que el preso había cambiado solamente la tumba en que vivía, por otra más clemente, cual era la del mar. Edmundo Dantés había « muerto oficialmente ».

Uno o dos años más tarde, el dueño de la posada del Pont du Gard, no lejos de la ciudad de Beaucaire, hallábase, según su costumbre, sentado negligentemente a la puerta del mesón, pues los negocios iban de mal en peor, y la parroquia era escasa, cuando vio llegar a un jinete que hizo alto frente a la posada, apeóse de su cabalgadura y entró. El forastero resultó ser un eclesiástico de grave y reverendo aspecto, por lo que el mesonero se deshizo en cumplimientos al ponerse a sus órdenes. El cura, que dijo llamarse el abate Busoni, y cuyos negros y penetrantes ojos parecían sondear los más recónditos pensamientos del mesonero, ahuyentó bien pronto el aire perezoso y dejado de éste, interesándole vivamente al recordar los acontecimientos ocurridos hacía ya dieciséis años. Llamábase el mesonero Gaspar Caderousse, cosa no ignorada del abate, y hubo de quedar sorprendido al oír referir minuciosamente al recién llegado ciertos pormenores de su primera vida. Caderousse le habló de Dantés en los términos más calurosos y juró que siempre había deplorado profunda y sinceramente la suerte desgraciada del pobre joven. Explicóle el abate que había asistido a Dantés en sus últimos momentos, en el calabozo que ocupara, y díjole que hasta exhalar el postrer suspiro el prisionero había hecho protestas de ignorar completamente la causa de su prisión.

-¡Y claro está que la ignoraba!--exclamó Caderousse--No podía ser de otra manera. ¡Ah, señor abate, el pobre muchacho le dijo a usted le verdad!

-Por lo mismo me dió el encargo de vindicar su buen nombre, limpiándole de cualquier mancha que sobre él hubiera podido caer,-dijo el abate Busoni, que prosiguió refiriendo en medio de la creciente turbación de Caderousse, cómo un compañero de prisión de Dantés, al recobrar la libertad, había dado a Edmundo un diamante de inestimable valor, con el cual hubiera podido seducir al carcelero; pero Edmundo no lo había intentado siquiera, y se lo había entregado al abate con las instrucciones necesarias para venderlo en Marsella y repartir su producto en partes iguales entre cinco personas--las únicas cinco que habían amado a Dantés. Eran éstas Mercedes, Danglars, Fernando, Caderousse y el anciano padre de Edmundo. El abate había sabido la muerte del pobre viejo, y su interlocutor, que estuvo presente, manifestóle que había muerto de hambre.

El mesonero, al llegar a este punto, se puso excitadísimo sobre toda ponderación, y le refirió todo cuanto sabía de las personas y acontecimientos relacionados con Edmundo

Dantés, a pesar de que la mujer del narrador intervenía a cada momento en la conversación y le regañaba por contar al forastero tantos particulares de su vida privada. Todo lo que la clarísima inteligencia del pobre abate Faria había podido deducir de la historia de Edmundo quedó -confirmado y claramente explicado por las declaraciones de Caderousse, quien demostró al eclesiástico que Danglars y Fernando habían sido enemigos mortales de Edmundo.

DE CÓMO LLEGARON A PROSPERAR TODOS LOS ENEMIGOS DE EDMUNDO DANTÉS

En tanto que Danglars se había enriquecido y nadaba actualmente en la abundancia, y mientras Fernando gozaba también de grandes honores encaramado a la elevada posición de Conde de Morcerf, el Señor Morrel, el leal y antiguo amigo de Edmundo, bien conocido por su intachable honradez, hallábase irremediablemente arruinado por la serie de desgracias acumuladas a causa de la pérdida de sus barcos.

Los malvados habían prosperado, y los hombres de bien, sufrían terriblemente.

La fortuna de Danglars era obra del fraude. Fernando, que a la sazón era un distinguido militar, había logrado su principal triunfo cuando, siendo oficial francés al servicio de los griegos, había vendido a los turcos, con la más negra de las traiciones, al patriota albanés Alí-Bajá, obteniendo por ello una recompensa del enemigo y la fortuna de su víctima, a la cual había despojado. La Condesa de Morcerf era Mercedes, la novia de Edmundo, a quien verdaderamente había. Llorado por muerto y por quien llevó luto hasta que hubo perdido toda esperanza de volverlo a ver.

-¿Y el señor de Villefort?--preguntó el abate; ¿Sabéis lo que ha sido de él y la parte que tuvo en la desgracia de Edmundo?

-No, señor; únicamente sé que poco después de la prisión de Edmundo se casó con la señorita de Saint-Méran y salió de Marsella. No hay duda de que también ha prosperado como los demás; hoy es tan rico como Danglars y se halla en una posición tan elevada como la de Fernando. Yo soy, solamente, el que ha continuado siendo pobre, desgraciado y olvidado de todos.

EL DIAMANTE QUE HIZO DE CADEROUSSE UN ASESINO

-Estáis en un error, amigo mío; replicó el abate- parece que Dios nos olvida por algún tiempo, mientras da reposo a su justicia; pero siempre llega el momento, en que se acuerda de nosotros,-¡y aquí tenéis una prueba!

Mientras así hablaba, sacó el abate el diamante de su bolsillo y, dándolo a Caderousse, le dijo:

-Tomad, amigo mío; tomad este diamante, que es bien vuestro. -¡Cómo! ¿Para mí salo?- exclamó Caderousse-¡Ah señor, no os burléis de mí!

-Este diamante había de ser repartido entre sus amigos. Edmundo no tenía más que uno y por lo tanto no puede repartirse. Tomadlo, pues, y vendedlo; vale cincuenta mil francos.

Pero ¡ay! esta buena fortuna fue la perdición de Caderousse, que era un hombre de genio débil e indeciso y no merecía llamarse amigo ni enemigo de Dantés. El y su mujer, casi fuera de sí con la posesión de esta inesperada fortuna, suplicaron a un joyero que fuera al solitario mesón del Pont dú Gard para examinar y Comprar el diamante que el misterioso abate les había dado. Encendiéronse los más bajos instintos en ambos esposos, tentado: no sólo por los destellos que despedía la piedra preciosa, sino por el pensamiento de que podrían poseer la joya y robar al mismo tiempo el dinero que el negociante llevara consigo

para comprarla. Así es como Caderousse se hizo asesino y fue condenado a las galeras de Tolón.

EL EXTRAÑO CONDE DE MONTE-CRISTO LLEGA A PARÍS

Pasaban los años y continuaban prosperando, al parecer, todos los malvados personajes, actores principales de nuestro drama. Unos ocho años después de la tragedia ocurrida en el mesón de Caderousse, comenzó a descollar entre la buena sociedad parisiense un cierto Conde de MonteCristo. Este nombre había despertado pensamientos de novela y de deslumbrantes riquezas en la imaginación de todo el mundo, puesto que había sido el héroe de cien extrañas historias, mas propias de los tiempos de las Mil y Una Noches, que de la primera mitad del siglo XIX.

Alberto, hijo del Conde de Morcerf, fue el primero que presenté a la aristocracia de París al Conde de Monte-Cristo. Habíanse conocido en Roma, donde Monte-Cristo tuvo ocasión de prestar un señalado servicio al Vizconde Alberto de Morcerf y a su amigo el Barón Franz d'Epinay.

Era este Monte-Cristo un hombre alto de estatura, delgado de cuerpo, esbelto y de temperamento duro resistente. En su rostro, más bien lívido que pálido, campeaban unos ojos grandes, que a veces brillaban con misterioso fulgor. Sus cabellos, negros como el azabache, hacían resaltar mas aún la palidez de su rostro.

El Barón Franz estaba convencido de haber visto anteriormente a este extraño personaje. En cierta ocasión Franz había desembarcado en la isla de Monte-Cristo, y encontrado en ella una cuadrilla de contrabandistas, cuyo jefe le invitó a comer. Después de haberle vendado los ojos fue conducido a una gruta alhajada con el lujo más refinado y sorprendente, en uno de cuyos salones le obsequiaron con un suntuoso banquete, que terminó ofreciéndole su anfitrión una pasta verdosa encerrada en hermoso estuche de plata. Era esta pasta el famoso hashish. En cuanto el Barón Franz la hubo probado, quedó sumergido en mágicos ensueños y maravillosas visiones; y, al despertar, hallóse de nuevo tendido a la orilla del mar. Las indagaciones y pesquisas más diligentes no lograron jamás llevarle de nuevo a la entrada secreta de aquella misteriosa gruta.

Corrían en París toda clase de leyendas acerca de la vida y hechos de este Conde de Monte-Cristo. Cuando iba a la Opera, acompañábale una hermosísima joven griega, de la cual se decía que era una princesa llamada Haidée, confiada al cuidado y protección de Monte-Cristo. Una señora muy conocida manifestó que el tal Conde era un vampiro. Pero, precisamente el aire de misterio que le rodeaba, constituía el principal aliciente para que París viera en él un personaje simpático; y, esto aparte, el hecho de tener un crédito ilimitado contra el Barón Danglars bastaba por sí solo para que todo París hablara de él, y se le abriesen todas las puertas.

Había otros, además del Barón Franz, que creían haber tropezado con él en época anterior; y, cuando le presentaron a la Condesa de Morcerf, esta señora mostró tal agitación, que su hijo se alarmó seriamente. Monte-Cristo, sin embargo, no dejaba traslucir en su semblante la menor turbación. La calma y la deliberación se reflejaban en todos sus movimientos; y, mirando a cierta luz, más parecía una máquina que un ser humano. Si había dado una cita para las nueve, se presentaba cuando el reloj estaba dando la quinta campanada. Cuanto decía que iba a hacer, lo ejecutaba exactamente. Y ahora había empezado a llevar adelante

los proyectos que había venido madurando en secreto por tanto tiempo, con la seguridad y firmeza incontrastables del destino.

En un barrio de París, llamado Auteuil había una casa que se alquilaba. Cierta día, fue Monte-Cristo a verla con su mayordomo Bertuccio, pues deseaba adquirirla.

-Decídes que paren en la calle de la Fontaine, número 28,-dijo el Conde mirando fijamente al mayordomo, a quien daba la orden. Gruesas gotas de sudor inundaron la frente del pobre Bertuccio al oír el número de aquella calle, pero dió la orden.

EL MAYORDOMO QUE SE CREYÓ ASESINO

Acompañó Bertuccio a su amo por toda la casa, de habitación en habitación; y cuando bajaron por la escalera que conducía al jardín, el primero empezó a dar muestras de gran inquietud, pues Monte-Cristo parecía conocer todo lo que había ocurrido en aquella casa. Al preguntarle su amo si suponía que se hubiese enterrado algo al pie de un árbol, junto al cual le había conducido el mayordomo, Bertuccio tuvo, al fin, que confesar cuanto sabía, diciéndole que el abate Busoni era el único que conocía la historia de su crimen Villefort habíase negado astutamente a hacer justicia a Bertuccio muchos años antes, y había jurado vengarse de él. En efecto, siguióle un día hasta esta casa, y en este mismo jardín hirióle de muerte, en el momento en que Villefort se disponía a enterrar a un niño, todavía vivo . Criólo Bertuccio, dándole el nombre de Benedetto, pero creció con los instintos más perversos, y era actualmente un criminal proscripto.

Tras esta confesión, dijo Bertuccio a su amo que podía hacer de él cuanto quisiera; pero Monte-Cristo le tranquilizó, haciéndole saber que había dado el golpe en falso, puesto que Villefort aun vivía.

TRAMA MONTE-CRISTO UN GRAN COMLOT PARA CONFUNDIR A UNO DE SU ENEMIGOS

Hondos eran los designios que se ocultaban en la adquisición de la casa de Auteuil. El Conde de Monte-Cristo preparó en ella un soberbio banquete a todas sus amistades. Entre los invitados se contaban la Baronesa Danglars y el señor de Villefort, que, como procurador del rey o fiscal del reino, gozaba de gran autoridad desde hacía muchos años. La comida fue magnífica. Monte-Cristo había puesto empeño en dar al traste con las ideas y gustos que a la sazón dominaban en París y en satisfacer la curiosidad de los invitados, tanto como su apetito. Era un verdadero banquete de hadas; y los huéspedes no sólo quedaron impresionados por las enormes riquezas que poseía su anfitrión, sino también por su inagotable ingenio en prepararles sorpresas. Terminado el banquete, hizo Monte-Cristo que la conversación versara sobre las tragedias de las casas viejas. Si aquella en que estaban pudiera contar lo que en ella había pasado años atrás ¡cuán interesante y terrible a la vez sería! Y de esta suerte, y paso a paso, condujo a sus invitados por toda la casa, visitándola de cuarto en cuarto, y bajó por la escalera del jardín, explicándoles la extraña historia de un niño allí enterrado, historia que la lúgubre vivienda parecía haberle contado a él. Algunos de sus invitados no pudieron ocultar la penosa impresión que les causaba la narración del Conde, de propósito enderezada a tal fin; y el señor de Villefort tuvo que confesarse a sí mismo que estaba en manos del Destino, personificado por aquel hombre terrible y misterioso, conocido con el nombre de Conde de Monte-Cristo. Villefort tenía una hija de su primera mujer, pues se había casado dos veces. Llamábase Valentina y por mandato de su padre, no por su propia voluntad, había prometido su mano al Barón Franz d'Epinay. La hermosa joven estaba enamorada de un bizarro oficial

del ejército llamado Maximiliano Morrel, hijo de un armador marsellés; pero ni ella ni su amante habíanse jamás atrevido a confesar el hecho al padre de Valentina.

EL HOMBRE QUE SE FIRMABA "SIMBAD EL MARINO"

Sin embargo, Franz fue quien dijo a Maximiliano que entre las historias que corrían acerca de Monte-Cristo, se contaba la de que daba a menudo grandes cantidades para ayudar a los menesterosos que lo merecían, firmando con el pseudónimo de Simbad el Marino. Esta noticia regocijó sobremanera a Maximiliano; pues su padre se había salvado de una ruina inminente, gracias al generoso donativo de un bienhechor desconocido que se firmaba Simbad el Marino. Acudió presuroso a casa de Monte-Cristo para significarle su gratitud, y desde aquel día fue uno de los admiradores más devotos de aquel hombre singular. Así pues, descubrióle sus pensamientos más íntimos, y nada le ocultó de la historia de sus amores sin esperanza, con Valentina.

Entre tanto, parecía que la fortuna iba abandonando poco a poco al Barón Danglars. Sus negocios habían sufrido ya graves pérdidas; pero las más importantes tuvieron por causa falsas noticias acerca de la cotización de valores y acciones, que se habían teleografiado a París por medios que Monte-Cristo hubiera podido explicar.

La hija del Barón estaba prometida a Alberto de Morcerf; pero el Conde, su padre, hallabase ahora bajo el peso de una acusación, pues habíase ya hecho pública su traición contra Alí-Bajá, y tal vez no fuera un secreto para el Conde de Monte-Cristo la manera con que al fin llegó la verdad a abrirse camino. Por eso el Barón no vaciló en quebrantar la promesa de matrimonio que tenía dada, y aceptó por futuro yerno a un brillante joven conocido con el título de Conde Cavalcanti, presentado a la sociedad parisiense por Monte-Cristo, aunque haciendo la salvedad de que ignoraba completamente sus antecedentes.

LA CAIDA DEL PRIMERO DE LOS ENEMIGOS DE DANTÉS

El Conde de Morcerf, acusado de traición contra Alí, tuvo que comparecer ante el alto tribunal del Senado al salón en que se hallaba Morcerf. Éste, al verle, sintió que sus dientes castañeteaban y se doblaban sus piernas, por lo cual se acercó a una mesa, en la que apoyó su crispada mano.

-Fernando-exclamó;-de mis cien nombres basta uno solo para herirte como un rayo, pero éste lo adivinas, o por lo menos te acuerdas de él, porque a pesar de mis penas, de mis martirios, te enseñó hoy un rostro que la dicha de la venganza rejuvenece; un rostro que muchas veces debes haber visto en sueños después de tu matrimonio. . con Mercedes, mi prometida espesa. El general, fijando por un momento los ojos espantados en aquel hombre que parecía surgir de entre los muertos para vengar sus crímenes, buscó la pared como punto de apoyo, y se deslizó hasta la puerta por la que salió andando de espaldas, dejando escapar de sus labios este solo grito lúgubre, lamentable y desgarrador: -¡Edmundo Dantés! Sucediéronse rápidamente los acontecimientos; y, apenas había París cesado de hablar del suicidio del Conde de Morcerf, cuando Cavalcanti fue detenido por el asesinato de un compañero de cadena, llamado Caderousse, que le había difamado. Este último había reconocido en Cavalcanti a un antiguo compañero de presidio, llamado Benedetto.

CAIDA DEL BARÓN DANGLARS Y SU FUGA DE FRANCIA

Ahora se supo que tanto Benedetto, como Caderousse, habían sido puestos en libertad por un misterioso inglés que había invertido grandes cantidades en facilitarles los medios de evadirse. Llamábase este inglés, Lord Wilmore; pero este personaje, el abate Busoni y el Conde de Monte-Cristo eran una misma persona, a pesar de que la policía lo ignoraba.

Danglars huyó de Francia inmediatamente después de su ruina, llevándose consigo una considerable suma que pertenecía a los hospitales de París.

En casa de Villefort nada había hecho Monte-Cristo para vengarse de aquel miserable. Desde un principio pudo observar que la segunda esposa de Villefort era muy aficionada a la química, por estar estudiando el arte de envenenar, y presintió que su venganza se estaba entonces fraguando. Habían ocurrido ya dos defunciones misteriosas en la familia de los Villefort; y la hermosa Valentina sufría también, según el médico, los primeros efectos de un tóxico lento.

Maximiliano Morrel, desesperando de la vida de Valentina, corrió a casa de Monte-Cristo en busca de consejo y de los necesarios socorros.

-¿He de dejar que escape con vida uno solo de esta raza maldita?-preguntóse Monte-Cristo; -y por Maximiliano resolvió salvar a Valentina.

LA VENGANZA DEJANDO SENTIR SUS EFECTOS EN CASA DE VILLEFORT

Habiendo Monte-Cristo adquirido la casa contigua a la de Villefort, despidió a los inquilinos y tomó algunos obreros para hacer las reparaciones y obras que creyó necesarias. Hizo derribar una buena porción de la vieja pared medianera para, que le fuera más fácil, quitando las piedras que quedaban, pasar a la parte posterior de un gran armario que había en el cuarto de Valentina. Desde aquel lugar vigilaba el Conde a la joven mientras dormía, y vio a la señora de Villefort entrar silenciosamente en el cuarto y sustituir la medicina destinada a Valentina por una dosis de veneno.

Entró luego Monte-Cristo en la habitación, precisamente cuando Valentina despertaba, y antes que pudiese dar un grito, hízole señas para que callase y refirióle cuanto había visto. Después de arrojar la mitad de la poción al fuego de la chimenea, dejando el resto en el vaso, dió a Valentina una de sus famosas pastillas de hashish, que la sumergió en un profundo letargo muy parecido a la muerte. Retiróse de nuevo a su escondite para vigilar, y al poco rato pareció por segunda vez la señora de Villefort.

Segura de que Valentina había ingerido la mitad del veneno, arrojó el resto; pero Monte-Cristo conocía aquel tóxico, y habiendo llevado consigo cierta cantidad del mismo, entró en el cuarto y vertiólo en el vaso hasta la mitad.

A la mañana siguiente declaró el médico que Valentina había muerto. Halló un tóxico en el vaso; y como se halló otro igual en el laboratorio de la señora de Villefort, no quedó la menor duda acerca de su culpabilidad. Admitiólo ella todo, y confesó que su propósito había sido lograr que su hijo fuese el único heredero de la fortuna de Villefort.

TRÁGICO FIN DEL HOMBRE QUE ENCERRÓ A DANTÉS EN EL CASTILLO DE IF

Arrojóse la señora de Villefort a los pies de su esposo. Recriminóla éste lleno de cólera, y al volverle la espalda para retirarse, añadió:

-Pensad en ello, señora; ¡si a mi regreso no os habéis hecho justicia, os denunciaré yo mismo y os prenderé con mis propias manos! Voy ahora al Palacio de Justicia a pronunciar una sentencia de muerte contra un asesino. Si al volver os hallo con vida aún,

esta noche dormiréis en la cárcel. La señora de Villefort gimió aterrada, crispáronsele los nervios y cayó desmayada en la alfombra.

-¡Adiós, señora, adiós!--exclamó su esposo al salir de aquella habitación. Pero Villefort no podía presumir en el momento de decir estas ardientes palabras a la mujer que era su esposa, que en lugar de condenar él a otro criminal, saldría condenado él mismo, porque el hombre a quien se refería, acusado de asesino, no era otro que el llamado Conde de Cavalcanti, el verdadero Benedetto, quien, la noche antes, había tenido una larga conferencia con Bertuccio, explicándole, durante la misma, el secreto de su nacimiento.

Presentóse Benedetto ante sus jueces, ataviado de la manera más elegante, y sin mostrar señal alguna de ansiedad. Nunca estuvo Villefort más elocuente en su acusación al describir ante el tribunal la índole del crimen cometido por el preso. Cuando el presidente preguntó a Benedetto su edad, respondió:

-Tengo veintiún años, o, más bien, los cumpliré dentro de pocos días, pues nací el 27 de Septiembre de 1817.

El señor de Villefort, que estaba ocupadísimo tomando notas, levantó la cabeza al oír aquella fecha.

-¿Dónde habéis nacido?-continuó el presidente.

-En Auteuil, cerca de París. Levantó por segunda vez la cabeza el señor de Villefort, miró a Benedetto como quien mira la cabeza de Medusa, y púsose lívido. Benedetto pasó con mucho donaire por sus labios un pañuelo de finísima batista.

-¿Cuál es vuestra profesión? -Primero fui falsario,-dijo Andrés con la mayor tranquilidad del mundo; -después ascendí a ladrón, y recientemente me hice asesino.

Un murmullo, o por mejor decir, una tempestad de indignación estalló en todos los ángulos de la sala: los mismos jueces se miraron asombrados, y los jurados manifestaron el disgusto que les causaba aquel cinismo tan impropio de un hombre que parecía educado y elegante.

El señor de Villefort se pasó la mano por la frente, que tenía ahora roja y ardorosa, y levantóse de pronto, mirando alrededor como un hombre fuera de sí.

El presidente mandó luego al acusado decir su nombre, a lo cual contestó cortésmente, que si bien lo ignoraba, en cambio sabía el de su padre; y a continuación declaró que era Villefort, ¡el procurador del rey!

Esta declaración produjo gran consternación en el tribunal, y todas las miradas se volvieron a Villefort, en tanto que Benedetto continuaba respondiendo a las preguntas del presidente y demostraba ser el hijo que Villefort había enterrado en vida la noche en que Bertuccio creyó haberse vengado de Villefort, hallándose en el jardín de la casa señalada con el número 28 de la calle de la Fontaine, en Auteuil. El propio procurador del rey confirmó la historia del acusado y admitió su culpabilidad, declarando que se ponía desde aquel momento a disposición del fiscal del rey que le sustituyera.

Mientras seguía hablando con ahogada y ronca voz, encaminóse dando traspiés hacia la puerta y salió del tribunal, cuyos miembros quedaron momentáneamente mudos de asombro. El presidente levantó la sesión; y todo el mundo se puso a comentar el extraño rumbo que acababan de tomar los acontecimientos.

LA VENGANZA, LENTA, PERO TERRIBLE, CAE DE IMPROVISO SOBRE EL TRAIADOR MÁS VIL DE LA NOVELA

Al llegar Villefort a su casa, hallólo todo en la más espantosa confusión. Encaminóse a las habitaciones de su mujer, y v i o que aún vivía, pero que en aquel preciso momento empezaba el veneno a producir sus mortales efectos. Pensó luego en su hijo Eduardo, a

quien halló como dormido sobre un sofá, después de haber recorrido algunas piezas. Pero al levantarlo, cayó al suelo un trozo de papel doblado que llevaba en el pecho; y, Villefort, como herido por el rayo, cayó de rodillas y dejó que el cadáver de su hijo descansara en el suelo junto a su madre. Villefort recogió el papel y leyó lo siguiente, escrito de puño y letra de su esposa:

« ¡Vos sabéis si yo era buena madre, puesto que por mi hijo me he hecho criminal! ¡Una buena madre no parte sin su hijo! »

Esto sobrepujaba a lo que el cerebro de un hombre podía soportar; y Villefort, a quien esta trágica escena había trastornado enteramente, corrió furioso al jardín y empezó a cavar la tierra con un azadón.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, el Barón Danglars fue secuestrado por unos bandidos en las catacumbas de San Sebastián, a poca distancia de Roma; en vez de quedar guardado en rehenes, tuvo que pagar una cantidad tan fabulosa por su manutención y alojamiento, que el dinero robado a la beneficencia pública al huir de París, pasó rápidamente a los bolsillos de los bandidos. Pero, al fin hizo su aparición el Conde de Monte-Cristo, y después de acusarle de sus crímenes, díjole que se hallaba en manos de Edmundo Dantés. Al oír esto Danglars, dobláronsele las rodillas y profirió un grito de estupefacción.

CÓMO CASTIGÓ MONTE-CRISTO AL BARÓN DANGLARS

-¡Levantaos! - dijo el Conde - Tenéis asegurada la vida; no les ha cabido igual suerte a vuestros cómplices; ¡porque uno se ha vuelto loco y el otro ha muerto! Guardaos los cincuenta mil francos que os restan; os los doy; en cuanto a los cinco millones robados a la beneficencia pública, le han sido ya restituidos por una mano desconocida.

Ahora, comed y bebed; y cuando estéis satisfecho, quedaréis libre.

Danglars permaneció aquella noche con los bandidos, pero por la mañana hallóse tendido cerca de un arroyo, y como tenía sed se arrastró en busca del agua. Al bajarse para beber, observó con horrible sorpresa que se habían vuelto blancos sus cabellos.

La venganza de Edmundo Dantés, aplazado por tanto tiempo y tan penosa y cuidadosamente dispuesta, habíase completado, y sólo le quedaba ejecutar la última de sus maravillosas proezas, dando pruebas al mismo tiempo de su generosidad sin límites. Valentina de Villefort había sido sepultada, y Maximiliano estaba desesperado; pero Monte-Cristo suplicó encarecidamente al joven que tuviera paciencia y confianza, pues ya que su padre lo había sido también para Edmundo Dantés, éste a su vez sería un padre para él.

MONTE-CRISTO CONTRAE UN EXTRAÑO COMPROMISO CON MAXIMILIANO MORREL

Parecía una cosa singular el pedir a un amante, cuya prometida había sido sepultada, que tuviera esperanza y que se presentase a Monte-Cristo dentro de un año. Y este es el compromiso que contrajeron ambos.

Mercedes y su hijo habían, entretanto, hecho donación a los establecimientos de beneficencia de las mal adquiridas riquezas, que Fernando dejara al morir. Monte-Cristo compró la casa de Marsella, en que su padre había vivido, y en el jardín de la misma enterró el dinero de la dote que primero había ahorrado, cuando iba a casarse con Mercedes. Esta casa, y la dote enterrada, fue el regalo que le hizo; y en ella pasó la hermosa Condesa sus

días, viviendo sin popa ni boato de ningún género, ayudada también en sus gastos con una parte de la paga que su hijo disfrutaba como oficial del ejército.

Cuando hubo transcurrido un año, durante el cual Monte-Cristo había rogado a Maximiliano que esperara, encontráronse ambos en Marsella y, embarcados en el yate, hicieron rumbo a la isla de Monte-Cristo. Sentados en la gruta misteriosa, preguntóle el Conde si pensaba todavía de la misma manera, a lo que Morrel replicó que nada había lograda amenguar el inmenso dolor que sentía por la muerte de Valentina. Continuaba resuelto a morir. Faltaban aun tres horas para que transcurriese el tiempo, durante el cual había prometido vivir Maximiliano.

Instalados cómodamente en aquel extraño salón, cuyas estatuas, colocadas alrededor de la mesa del banquete, sostenían canastillas de plata, siempre cargadas de fruta, por más que se sacase de ellas, pusiéronse a disertar largamente sobre los encantos y amarguras de la vida. Por fin dio el Conde a Maximiliano una cucharadita de substancia misteriosa, a la que se atribuía la virtud de producir la muerte sin causar el más leve dolor.

CÓMO DOS AMANTES QUEDARON UNIDOS DE LA MANERA MÁS SINGULAR, GRACIAS A MONTE-CRISTO

En el preciso instante en que el joven parecía perder suavemente los sentidos, vio que Monte-Cristo abría una puerta que daba a otro salón; y en el umbral de éste, iluminado por vivísima luz, divisó a una hermosa joven que era el verdadero retrato de su amada Valentina. Aquello no era un sueño; y Morrel tampoco agonizaba. Era realmente Valentina, que cuando todos la creyeron muerta, no estaba sino sumida en un profundo sopor producido por la pastilla que el Conde le había administrado. Sacóla Monte-Cristo de la sepultura en que yacía, hízola revivir y durante los doce meses en que Morrel sufrió tan dura prueba, Valentina tuvo a Haidée por compañera. Al manifestársele al fiel amante la realidad de su recobrada ventura, Monte-Cristo se sintió recompensado por los valiosísimos servicios que había prestado a los dos amantes; y cuando supo que era amado de Haidée, tanto como Maximiliano lo era de Valentina, parecióla a este hombre singular y admirable que la vida podía tener para él muchos más atractivos que el cumplimiento de su venganza.

A la mañana siguiente, Maximiliano y Valentina se reunieron; bajaron a la playa y entonces Jacopo, capitán del yate de Monte-Cristo, entrególes una carta que Morrel abrió y leyó. Decía así:

« Querido Maximiliano:

« Hay una falúa anclada para vos: Jacopo os llevará a Liorna, donde el señor Noirtier espera a su nieta para bendecirla, antes de que os siga al altar. Todo cuanto hay en esta gruta, amigo mío, mi casa de los Campos Elíseos y mi castillo de Tréport son el regalo de boda que hace Edmundo Dantés al hijo de su antiguo patrón, Morrel. La señorita de Villefort me hará merced de aceptar la mitad del donativo, y a la vez la suplico que d- a los pobres de París toda la fortuna que adquiera de su padre loco, y de su hermano fallecido en Septiembre último en compañía de su madre.

« Decid al ángel que va a velar por vuestra vida, Morrel, que ruegue alguna vez por un hombre, que a ejemplo de Satanás, tuvo la osadía de creerse por un instante igual a Dios, y reconoce ahora, con toda la humildad de un, cristiano, que el poder supremo y la sabiduría infinita sólo están en manos de la Providencia. Acaso sus oraciones endulcen el remordimiento que lleva, en el fondo del corazón.

« En cuanto a vos, Morrel; he aquí el secreto de mi comportamiento con vos. No hay ventura ni desgracia en el mundo; hay tan sólo estados relativos de desgracia y ventura; y nada más.

« Sólo el que ha probado el extremo del infortunio puede sentir la felicidad suprema. Es preciso haber querido morir, Maximiliano, para saber cuán dulce es la vida.

« Vivid, pues, y sed dichosos, hijos queridos de mi corazón, y no olvidéis nunca que hasta el día en que Dios se digne alzar ante la mirada del hombre el velo que oculta lo porvenir, toda la sabiduría humana se encerrará en estas dos palabras : Confiar y esperar.

« Vuestro amigo,

« EDMUNDO DANTÉS,

« Conde de Monte-Cristo. »

ULTIMAS PALABRAS DE MONTE-CRISTO Y LAS ÚLTIMAS NOTICIAS QUE SE TUVIERON DE ÉL

-¿Pero dónde está el Conde?-preguntó ansiosamente Morrel.

Jacopo señaló un punto del horizonte, en el cual se distinguía una vela blanca. -¿Y dónde está Haidée?-preguntó Valentina.

Jacopo volvió a extender el brazo, apuntando a la vela: -¡Partió!-exclamó Morrel.-
¡Adiós, amigo mío! ¡Quién sabe si le volveremos a ver jamás!-dijo Morrel, enjugándose una lágrima.

-Amigo mío-repuso Valentina,,¿no acaba de decirnos el Conde que toda la sabiduría humana se encierra en estas dos palabras: Confiar y esperar?

W. M. JACKSON, INC., Editores

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo